

MIRAVETE, VILLARROYA Y MOSQUERUELA. DIARIO DE UN VIAJE DEL SIPA POR EL TERUEL MAS ALTO

Ocho de la mañana, sábado, 27 de abril, calle Moret. Treinta y siete miembros del SIPA salen como tantas veces camino de algún sitio. Esta vez el tiempo está gris; llueve y el servicio meteorológico informa que vamos a tener nieve a más de 700 metros de altitud, y que empeorará el domingo. Vamos a Gudar-Javalambre, en la provincia de Teruel, a más de 1.600 metros. La Guardia Civil nos dice que está nevando, que las carreteras no representan riesgo, pero que si persiste el tiempo nos recomiendan dar la vuelta por La Iglesuela del Cid, vía Cantavieja, para el trayecto desde Villarroya de los Pinares a Mosqueruela; que hay que ir con prudencia e incluso cadenas; reiterándonos que las máquinas quitanieves están alertadas y que de ocurrir algo tenemos a disposición tres teléfonos de contacto con ellos.

- ¿Suspender el viaje? Decidimos salir. Y salimos. Llovizna en Zaragoza, pero ¡nieve a finales de abril!

Miguel, el presidente, da la bienvenida tan pronto dejamos la autovía camino de Montalbán, desde donde se divisa la nieve en el puerto de San Just. A las nueve y media, con el horario previsto, estamos desayunando en la capital de las Cuencas Mineras: repostería local, zumos, leche y café. Llamamos a Serafina, que es la guía que va a acompañarnos en Villarroya para que nos informe sobre el tiempo allí, advirtiéndonos de que llevemos paraguas y que nos esperará en Miravete. Estamos a 50 minutos.

Salimos puntuales a los 10,15 caminos de Aliaga. Divisamos Hinojosa de Jarque. Desde la carretera podemos observar las primeras esculturas del parque “A la memoria del Pueblo”. No podemos detenernos, pero sí incidir en lo que aquí se promueve. Son 15,16... monumentos altos como el de la “Espiral de la Luna”, de Florencio de Pedro, que quiso recrear el reloj lunar cuando eran sus fases las que regulaban las faenas agrícolas. Esculturas que son como tótems al aire libre donde ya han puesto sus manos, además de Florencio, José Miguel Fuertes, Iñaki, o el que fue Justicia de Aragón Emilio Gastón; y donde países como Italia, Portugal o Marruecos ya han dejado su impronta. No podemos parar y nos duele; pero es que tenemos apenas a cuatro kilómetros Cuevas de Almuén, donde a la entrada se percibe, el monolito del busto en bronce de Dunea (Dulcinea Bello Navarro). Explicamos lo que puede representar Dunea para la

pintura abstracta- en la que prima la influencia de Kandinsky- a través de la obra de esta joven fallecida con apenas 30 años. Cuevas también es el pueblo de Serafín Villarroya, un boticario que quiso implantar el “fargipir” como idioma universal, precursor del Esperanto, y que nos legó informes sobre los relojes de sol (Gnomónica). Algún día habrá que venir a Cuevas e Hinojosa, porque aquí hay un premio SIPA en la persona de Manolo Bello, el padre de la artista, que levantó aquí un museo con los cuadros de su hija y que lo mantiene como nadie.

-11,00 de la mañana. Llegamos puntuales a Miravete. Una pequeña joya en los primeros pasos del río Guadalope, que hoy baja



crecido y que divide al pueblo en dos separando el Arrabal de los otros dos barrios. Los tejados de las casas escupen el agua de la nieve derretida y el río se crece más, pero hoy ufano; orgulloso de que lo veamos así.

Apenas quince habitantes que se asientan juntos a una preciosa iglesia con claustro y el puente sobre el río -siempre el río- nos lleva a la cruz de término;

una maravilla gótica que Serafina nos cuenta que fue salvada de la barbarie en 1936. Y nos describe cada parte de sus relieves.

Hace frío, apenas hemos visto a nadie, pero nosotros hemos conseguido que hoy Miravete de la Sierra sea algo; romper el mito de aquel publicista que lo convirtió en fenómeno mediático propagando la frase del lugar “donde nunca pasa nada”. Y hoy ha pasado algo: Está el SIPA. Aquí pasa algo.

-12 de la mañana. Serafina nos lleva a Villarroya por un paraje atrayente de luz y color contrastando con la blancura de la nieve reposando sobre los chopos cabeceros y la flora de riera. Piedras secas en la montaña, alineadas. Y vegetación. Arquitectura natural y naturaleza humana en la pequeña patria de Francisco Peña. Estamos en Villarroya de los Pinares. Aquí todo sabe al presidente del Tribunal de la Rota: escudo cardenalicio en la fachada de la iglesia parroquial y en todo el presbiterio reformado; celdilla, en lo más alto, para la misa en privada; y cripta para su reposo, en el interior. Un balcón enrejado se asoma al exterior del templo para presidir procesiones... Y su casa: la Casa Peña, hoy apuntalada, deteriorada por el tiempo; propiedad particular, hoy; antes fue acondicionada para casa cuartel. La casa de Peña, que él mandó construir, tiene tantas ventanas como días tiene el año. Y se conservan.



Visitamos el centro de interpretación, la iglesia donde la seña de Peña se agiganta con sus reformas; la riera; la nieve

derretida formando charcas y la visita al horno a comprar la repostería local, el otro tesoro de Villarroya de los Pinares.

Y la comida en La Fonda. Debían conocer el bien comer de la gente del SIPA y así podemos degustar los entrantes especiales, las carrileras, el solomillo con setas y un pan único que desaparecía de las canastillas. Arturo Martín que es el alcalde y presidente de la Comunidad del Maestrazgo ha querido estar con nosotros y le hemos entregado un diploma conmemorando el 400 aniversario de la muerte de Francisco Peña.

Y Miguel impregnado del sentir del río que aquí nace y de su vocación sanjuanista, porque Villarroya recrea en su centro de interpretación un auténtico museo de la Orden, aprovecha el momento para invocar a la Comarca dos rutas: La Sanjuanista y la del Guadalope uniendo provincias, nunca marcando “rayas”.

A las 15,30 horas toca partir y nos duele dejar la villa. Y a Arturo. Y a Serafina que no han ocultado su satisfacción de que Zaragoza este hoy en este hermoso rincón de Teruel. En el Teruel más profundo, algo insólito según ella: “Zaragoza-se duele- se inclina más al Pirineo y a Cambrils... Habrá que cambiar tendencias” ¡Habrá que cambiar! Pero el tiempo puede empeorar y es buena hora para trasladarnos a Mosqueruela.

Nos han aconsejado ir por la pista. Hay más de 50 km., e ir por La Iglesiasuela es dar un rodeo. La pista no da la seguridad de las máquinas quitanieves, pero es un bosque único de 28 km. sin habitar, entre abetos, pinos y matorral que pueden cambiar la economía de la zona a través de las setas, la cabra montesa y los jabalíes. Transitar por la pista es una tentación, y es que ha salido el sol y el paisaje ha cambiado agudizando la luz con el verdor de la época y el manto de la nieve en las agujas y las ramas de los abetales. El viaje puede ser una aventura, pero es un gozo para la contemplación. Sólo por transitar por estos bosques merece la pena un viaje.



-18 horas y apenas cuatro grados en el ambiente. Y Mosqueruela nos recibe en fiestas; charangas y toros. Nos reunimos con la nueva guía. Se llama Cristina y ha venido de Cantavieja. El tiempo empora a medida que se pierde la tarde: la nieve va cubriendo los tejados y los coches, y la calle se hace intransitable. Maribel, la alcaldesa, nos espera en el ayuntamiento donde va a haber una recepción oficial. Mosqueruela guarda dos valores que han sido motivos de nuestro viaje: el archivo “Aldeas de Teruel” que otrora fuera el más importante, tal vez, de la Comunidad, donde se han venido custodiando las cartas pueblas, privilegios y nombramientos; los protocolos notariales, los juicios, los privilegios de las dehesas boyales... donde acuñaron la palabra “junta” que no gustó al rey Jaime I, ni tampoco siglos más tarde a Felipe V.



Pero en esta tierra seguimos llamando a las reuniones junta y a sus miembros junteros. Y el segundo tesoro es el recuerdo, siempre renovado, de que de aquí procede la familia de la Zurita, de cuyo miembro más destacado, don Jerónimo, también celebramos el 500 aniversario.

¿Qué contiene hoy día este archivo? Se guarda en la iglesia, entre muros de piedra, a una altura considerable y tras una puerta recia, sellada con tres cerraduras. Dos salas, a las que para acceder tienen que personarse los tres claveros. Hoy la alcaldesa, el juez y el cura párroco. Y no se abrirá la puerta si los tres no cruzan sus llaves. El archivo se guarda en cajas en unas pequeñas estanterías, unas sobre el muro y otras dentro, protegidas por cristales. ¿Qué

legajos se guardan? Habrá que hacer un día un estudio y publicar su inventario porque aquí hay mucha Historia; también en el museo –porque es un Museo– que ha vuelto a sorprendernos. Es la tradición de los junteros, los que juntos

valían más que los reyes. Y así, aquí, los derechos ante cualquier litigio, podían ser consultados. Eran las cartas que hacía callar a las barbas. Al poder político. Los legajos de Aldeas de Teruel, eran leyes.

Eran las diez la mañana del domingo cuando hemos visitado el Archivo, y ya la nieve, durante toda la noche, lo había cubierto todo. La ventana del hotel Montanieve, al levantarnos, nos había descubierto el manto blanco en todas las dimensiones. Y el cielo seguía enviando copos que hacían montoneras en los tejados. Los resquicios de las fiestas, el olor a toro bravo y la música de al charangas, que habían sonado durante la noche, estaban callados.

Hace frío. La humedad lo llena todo y el ambiente se enrarece. Hay que bajar el puerto de Linares de Mora y dirigirnos a Teruel. Hay que adelantar el viaje. Protección civil nos aconseja ir detrás de las quitanieves. Y vamos detrás de las quitanieves. La carretera está solitaria. Kike, nuestro chofer recomienda salir



pronto para ganar al tiempo. La hora prevista para comer en Teruel es a las 14,30; mejor llegar antes. La hora de llegada a Zaragoza: Las siete. Mejor llegar a las seis y eludir el temporal que arrecia por momentos.

- 13,30. Teruel, y queríamos estar con la gente del turismo local, con el “torico”, en el museo, con los amantes, pero el temporal continua sin dar tregua. Comida rápida y volver a la carretera mudéjar. A las 16 horas partimos, la autovía ha sido un camino de nieve. Javier Cañada ha tenido los cristales empañados del conductor, desempañados, en una labor encomiable hasta bajar el puerto de Paniza donde se divisa el valle y desaparece la nieve. Miguel comenta que este es otro motivo de la emigración y el despoblamiento. El valle es vida. La importancia que la geografía y el clima influyen en el ser humano.



La autovía mudéjar se llena de coches. Son los domingueros que regresan de los pueblos; de estudiantes que vuelven a las aulas. Allá en Miravete, Villarroya y Mosqueruela no hay muchos estudiantes, ni agricultura. Hoy mucha nieve, pero allí se sigue manteniendo vivo el espíritu del cariño a la tierra

de una gente a la que no olvidaremos en mucho tiempo. Tierra dura que hoy nos ha conmovido. Y una frase está en el ánimo de los viajeros: Volver.